



LA TIENDA, 1966

Textos:

M^a Josefa Monzón.

LA TIENDA,
M^a Josefa Monzón.

Antes que el Gallo Clorodico cantara por quinta vez, Andreita ya estaba en la destartalada cocina, preparando el primer café del día, con la mente dispersa en mil trajines, y el alma en un vilo, pues aún no había recibido noticias de su hijo, Juan Antonio, que desde hacía unas semanas había partido al frente.

Alumbrada por la tenue luz del Quinqué, la mujer se colocó el pañuelo negro en la cabeza y se alisó el delantal, metiéndose prisa en acabar las tareas del hogar, para afrontar otra dura jornada en la Tienda.

Con las primeras luces del alba, Andreita se arropó con la cálida pañoleta, regalo de bodas de su suegra, fallecida ya hacía algunos años. Como le pasaba siempre que se acordaba de su suegra, el pensamiento se le fue al viejo Manuel, su difunto marido, y se santiguó varias veces, quizás para ocultar el alivio que había sentido, cuando una fría tarde del mes enero, hacía ya diez años, Manuel cayó fulminando en las plataneras de Don Antonio González, el mayor cacique del pueblo.

Aquella pelada tarde, se terminaron quince años de sufrimiento marital, de borracheras de ron que impregnaban el lecho de un apestoso e insoportable olor. Inconscientemente, se llevó la mano a la cara, a ese rostro que estuvo adornado durante una larga época, de morados moretones y que sin Manuel, se había ido arrugando con el lento paso del tiempo.

Andreita se santiguó otra vez, haciendo desaparecer los tristes recuerdos, y tras suspirar profundamente, salió a la calle, con paso ligero, pues ya estaban a punto de dar las siete de la mañana y la tienda estaba cerrada.

En unos minutos, recorrió la calle Larga, sin tiempo para saludar a Mastro Miguel, que albeaba la casa de Doña Tomasa, mujer de fuerte carácter a la que le gustaba cantar las cuarenta a todo el que se pusiese delante.

Llegando a la Tienda, Andreita se encontró con el Cabo Rodríguez, hombre integro, con los pantalones bien puesto, que infundía mucho respeto en la vecindad.

El cabo Rodríguez, la saludó con la voz de trueno que solía hacer llorar a los niños, y siguió su camino en dirección al puerto de Sardina, para vigilar que no se monten las habituales peleas entre las pescadoras, que a esta hora del día ya estaban preparándose para iniciar la venta del pescado, casa por casa.

Por fin, Andreita pudo entrar en la tienda, que todavía conservaba el olor de las jareas que sirvió la noche anterior.

Andreita volvió a suspirar, dispuesta a atender a la parroquia y rezando para que Mastro Valentín, muy dado a dejarse el jornal en vasos de vino, no apareciera hasta bien entrada la mañana, ya que el hombre solía llegar temprano y no se marchaba hasta pasadas las dos de la tarde, hablando sin parar, y requiriendo su atención, para temas intrascendentes para los que ella no tenía ni tiempo ni ganas.

Andreita se sobresaltó al escuchar el saludo de Mariquita, la de Caideros, que como cada miércoles, se acercaba al pueblo, para dejar los sabrosos quesos de Flor de los altos.

Mariquita contó que hacía días que no salía el sol en las medianías, y la lluvia no dejaba de regar la fértil tierra. Si, estaba siendo un buen año de agua, y aprovechaba que iba bien de tiempo, para pasarse por la iglesia, y encenderle una vela a Santiago, que este año se estaba portando con el campo.

Desde el mostrador, Andreita vio pasar con prisas, a D. José el médico, y se imaginó que alguna campesina estaba de parto, ya que si no, D. José entraba en la tienda a preguntarle como seguía del reuma, que tantas molestias le estaba causando en el último mes.

La imagen de su hijo Juan Antonio, no se le iba de la cabeza. El muchacho había tenido ya tiempo de escribirle, y la dichosa carta no terminaba de llegar, para poder quedarse tranquila. Al pensar en su hijo, Andreita se estremeció, y se hizo la promesa, de llegar hasta Anzo, para pedirle a Santa Rita, que cuidara del joven y se lo devolviera sano y salvo.

A las doce del mediodía, en la Tienda no cabía un alma. En la parte que servía de cantina, los hombres hablaban entre pizcos de ron acompañados de caballas y tomates, de las últimas novedades que llegaban de la guerra.

Andreita no daba abasto, la tienda sin la ayuda de su hijo, se estaba haciendo muy pesada para ella sola, por lo que se hizo el firme propósito de llamar a su sobrina Rosa, para que viniera a echarle una mano.

Cuando vio aparecer a Antoñita, la criada de Doña Rosenda, se acordó que no había llegado la cremosa mantequilla que envuelta en hojas de ñameas, le mandaban desde El Hornillo. Pepe el de los Carneros, se había retrasado esta semana, quizás por el mal estado del camino, que con la abundante lluvia tenía que estar intransitable. No le hacía gracia quedar mal con Doña Rosenda, que le había echo el favor de hablar con un Coronel para que su hijo tuviese un buen destino, pero que le iba hacer, la mantequilla no estaba y Antoñita tendría que irse con las manos vacías.

Cogió el trapo, y limpio el mostrador, donde ya Mastro Valentín, había derramado el vino, aliviada porque la clientela había aflojado, y al menos tenía tiempo, para volver a ordenar la tienda, y prepararse para la tarde, con la chiquillería que al salir de la escuela, entraría como bandadas de pájaros, a comprar los caramelos de cristal y nata.

Sinforoso “el albino”, cuando ya comenzaba a oscurecer, entró con paso cansino en la tienda. En el rostro tenía aún las gotas de sudor, del duro trabajo de repartir el agua por las fincas de la costa. Andreita le llevó la mortadela cortada en trozos y la botella de Ron de La aldea, y notó que El Albino, no tenía buena cara. Quizás, ya se habría enterado de que Susana la costurera, su mujer, andaba por ahí, tonteando con Tomás el de Botija, hombre apuesto y muy dispuesto a enredarse con mujeres casadas.

La bombilla que alumbraba la tienda por la noche, parpadeaba constantemente, señal de que Juanito, el del motor, estaría algo distraído, enamorando a la hija de Gonzalo El sastre. Esos dos, sin lugar a dudas, terminarían en el altar, cualquier día de éstos.

Todavía quedaba ajeteo para rato, y Andreita encendió el hornillo para freír las sardinas con gofio que tanto le gustaban a Don Policarpo el cura, que como todas las noches, compartía conversación con D Luís, el de correos, hablando de los jóvenes que se estaban descarriando con tanto baile, y con el cinematógrafo que para el cura era un invento del diablo.

Algunas de las voces que se escuchaban en la tienda, hablaban de un crimen que decían había ocurrido en el sur de la isla. Un aparcerero cogió un cuchillo y cortó el cuello al capataz, unos decían que por rabia y otros que por locura, aunque era difícil saber lo que había pasado, ya que la historia, del sur al norte, iba aumentando en fantasía y disminuyendo en verdad.

El fuerte dolor que sintió en el costado, avisó a Andreita que ya era hora de servir la última copa e ir cerrando, que el día había sido intenso y los años ya pesaban lo suyo.

Cuando se quedó a solas, Andreita cogió la escoba, y barrió las cáscaras de manices que ensuciaban el suelo y echó petróleo a raudales en el mostrador, para arrancar el olor del vino y el ron desparramado durante la jornada.

Después, atrancó la férrea puerta de la tienda, e inició el regreso a la soledad del hogar, pensando que otro día había pasado, con la desazón metida en el cuerpo. La dichosa carta que esperaba de su hijo, no terminaba de llegar y ella estaría otra noche, dando vueltas en la cama, sin poder dormir, desvelada por la preocupación y el cuerpo agotado del

trajín de la tienda, una tienda que mañana volvería a estar abierta, que volvería a ser el latido cotidiano de la vida en el pueblo.

M^a Josefa Monzón.